

MEMORIA HISTÓRICA DESDE LAS VÍCTIMAS DEL CONFLICTO ARMADO

CONSTRUCCIÓN Y RECONSTRUCCIÓN DEL SUJETO POLÍTICO

Por: Juan David Villa Gómez¹

Recibido 01/04/2013 revisado 06/09/2013 aceptado 07/10/2013

Resumen:

En el título de este artículo se plantea, un proceso de transición entre la víctima que ha sido afectada por el conflicto armado o, que ha sufrido la violación de sus derechos fundamentales, frente al hecho de ser un determinado sujeto político. Este es un tema complejo que está manejado por múltiples aristas, por lo tanto, es importante reconceptualizar este proceso. El título es intencional en la medida en que no se quiere hablar de la víctima simplemente, porque si se analiza más profundamente, lo que puede observarse en el conflicto armado de este país es que la victimización no ha sido simplemente un daño colateral en el conflicto que ha afectado a los civiles, tampoco ha sido un proceso de violencia horizontal donde los civiles se han involucrado indiscriminadamente, tal como Orozco Abad (2005) pretendió señalar para Colombia. Se trata de una dinámica del conflicto muy clara, que en la mayoría de los casos ha significado la intención y la determinación de destrucción de ese sujeto político, tanto del sujeto político actuante, que se movilizaba abiertamente en la oposición política, como aquél que fuera posible, futuro o sospechoso de ser o convertirse en actor político, sujeto político activo, antes, incluso de serlo, tal como Martín-Baró (1989) lo especifica al analizar las lógicas de la guerra sucia y la guerra psicológica en América Latina (cfr. Martín-Beristain & Riera, 1994).

Palabras clave: víctimas, emancipación, memoria histórica, América Latina, sujeto político.

Abstract

In the title of this article poses a transition between the victim who has been affected by armed conflict or who has suffered a violation of their fundamental rights, compared to being a particular political subject. This is a complex issue that is handled by multiple edges, therefore it is important to reconceptualize the process. The title is intentional to the extent that it does not want to talk about the victim simply because if you look more deeply, which can be seen in the armed conflict in this country is that victimization was not simply collateral damage in the conflict that has affected civilians, has not been a process of horizontal violence where civilians were indiscriminately involved, as Abad Orozco (2005) tried to point to Colombia. It is a dynamic clear conflict, which in most cases has meant the intention and determination to destroy the political subject, both the acting political subject, who openly mobilized in the political opposition, as one who was possible future or suspected of being or becoming a political actor, active political subject, before even be, as Martín-Baró (1989) when analyzing the specific logic of the dirty war and psychological warfare in Latin America (cf. . Martín-Beristain & Riera, 1994).

Keywords: victims, emancipation, historical memory, Latin America, political subject.

1. Psicólogo y Baccalaureum en Filosofía – Pontificia Universidad Javeriana. Magister y Doctor en Cooperación Internacional al Desarrollo – Universidad Pontificia de Comillas. Docente / investigador - Facultad de Psicología Universidad de San Buenaventura (Medellín) email: juand.villa@usbmed.edu.co

Introducción.

El hecho mismo de la victimización pasa por el ejercicio explícito de los actores del conflicto armado de eliminar la posibilidad de una expresión política real o imaginaria, actual o posible, a sus intereses estratégicos. Desde allí, muchos civiles no militantes activos, simplemente por su condición social, por la tradición política de su región y en muchos casos, simplemente por habitar un territorio que se había convertido en objetivo estratégico, pasaron a engrosar la lista interminable de víctimas del conflicto armado en Colombia.

El problema: ¿Por qué hacer memoria en nuestro contexto?

De acuerdo con Daniel Pécaut (2003), Colombia es un país donde, a través de la categoría de “Violencia”, el conflicto armado, se ha convertido en una entidad mítica y tópica que es principio y término de múltiples explicaciones. Para este autor, tanto en los relatos cotidianos de la gente, como en algunos de los elaborados por historiadores y sociólogos, además de los espacios de opinión en los medios de comunicación, se observa la omnipresencia de este mito que no permite una forma diferente de dilucidar los procesos de violencia actual, enmarcados en dinámicas propias del conflicto armado. Pe-

ro también entrecruzados con múltiples formas de violencia social, familiar, delincencial que atraviesan la vida cotidiana de la población y que hacen de ésta un espectro que lo habita todo y que a su vez justifica todo: “es que somos así”, “tenemos una cultura de la violencia”, “la violencia es un mal genético de los colombianos”. Todas estas expresiones populares, y a veces académicas, inducen a la construcción de una memoria mítica del conflicto armado, en donde el pasado se repite en un eterno retorno y donde es imposible diferenciar lo actual de lo anterior. Este relato mítico, dificulta una visión histórica y social, que permita comprender el conflicto colombiano y desde allí posibilitar propuestas que contribuyan a su transformación².

En las ciencias sociales, tradicionalmente, se ha hecho una diferenciación entre catástrofes naturales y guerras. Las primeras como eventos de la naturaleza, implicarían un daño que no tendría causas humanas; aunque en los últimos tiempos se viene reconceptualizando esta mirada, a partir de la reflexión ecológica y ambiental, en referencia a la alteración

de la naturaleza realizada por el ser humano, el cambio climático y otros factores. Sin embargo, también se entiende que no existe una intención voluntaria de dañar a una población y así es vivida la catástrofe por las víctimas. Las guerras, los conflictos armados, son acciones humanas, causadas por factores humanos y desarrolladas por humanos que requerirían un análisis diferente, en donde se identificaran responsables, análisis causales y estratégicos, mecanismos sociales de superación y afrontamiento, acciones políticas y económicas.

En Colombia la imagen mítica que se ha ido construyendo sobre el conflicto armado, le da el carácter en el imaginario colectivo, de un ente impersonal, incomprensible e inabarcable; vivido por las víctimas y por los relatos colectivos, como una catástrofe natural frente a la cual poco o nada puede hacerse, más allá de salir corriendo y salvar la vida, como en un terremoto o en una inundación. Cabe añadir que la construcción de este relato y esta representación de la realidad, que se ha convertido en discurso dominante en el país, es adecuado y funcional a los intereses de las élites regionales y nacionales, quienes han ostentado el poder político y económico, y lo han mantenido, de cierta manera, al tener el control de estas representaciones que se han realizado en

2. Ignatief (1999) para el conflicto de los Balcanes; Malouf (2001) y Bar-Tal, et. al. (2010) para el conflicto árabe - Israelí, identifican este problema de las memorias míticas como una forma de explicar los conflictos, que al final terminan justificándolos y perpetuándolos.

torno a la visión del país: una violencia mítica sin responsables, donde ellos no son culpables de nada; una “catástrofe” donde la gente es víctima sin remedio. Nada más simple y perfecto para que a pesar del continuo dolor, del continuo sufrimiento, de la barbarie, de la exclusión y victimización de grandes sectores de población, todo siga igual y nada cambie.

Así pues, los relatos individuales no han podido inscribirse en un relato más amplio, y a su vez, los relatos de conjunto, de carácter explicativo asumieron la forma del mito y se sustrajeron a la historia, a través de un principio de repetición: la Violencia³ que siempre vuelve, donde los hechos tienen un estatuto de “real” que no les permite insertarse en una narración explicativa con significado, quedándose marginados en la experiencia individual, muchas veces inenarrable:

“Si el mito es la única representación posible de la violencia y la historia de conjunto es imposible, los hechos son los llamados a establecer la confluencia, bajo la forma de un real insuperable, entre el mito y la experiencia, y a reemplazar finalmente la historia... La generalización de la violencia (en el relato y en la cotidianidad) se acompaña en efecto

3. Estoy utilizando la palabra “Violencia” con mayúscula para darle la connotación del carácter superlativo y mítico que toma en los relatos de la gente en Colombia.

de la disolución de una opinión pública capaz de decidir acerca de su alcance y su origen... (Pécaut, 2003, p. 27).

Se llega, entonces, a una memoria atemporal. Como en “Crónica de una muerte anunciada” de Gabriel García Márquez: hay una convicción clara sobre lo que ha sucedido y sobre lo que va a suceder. Sin embargo, nadie hace nada, porque es como si se tratara de un destino ineludible. Todos sabían que Pedro y Pablo Vicario iban a asesinar a Santiago Nasar, acusado de haber “manchado” la dignidad de la familia al haber tenido relaciones sexuales con Angela Vicario, que fue devuelta después de su matrimonio por Bayardo San Román. La venganza de los hermanos Vicario es un secreto a voces, sólo la víctima lo desconoce. Al final sucede lo que tiene que suceder, el “destino” se cumple sin remedio y Santiago Nasar muere asesinado. Es la tragedia de Colombia que García Márquez novela de una manera tan gráfica. ¡Pero es el mito! El mito de un pueblo sin memoria, que ya también nos había regalado en “Cien años de Soledad”.

Así pues, la violencia es un destino ineludible, es un hecho natural, naturalizado, que define la historia y el ser, la memoria y la identidad de un pueblo. “Lo que sucede ahora es lo mismo que sucedía en la violencia de los 50 y de los 60 y lo de esta violencia

es lo mismo de la guerra de los mil días y de la violencia del siglo XIX... Prevalece la convicción de que siempre está presente la misma violencia que no está relacionada con actores específicos, sino que toma el aspecto de una fuerza bárbara que escapa al control de todo el mundo” (Pécaut, 2003, p. 121).

Por todo esto se hace necesario intentar construir una memoria histórica y analítica que permita identificar las bases del conflicto armado en Colombia, que posibilite una comprensión a las víctimas de lo que sucede, para que desde allí se puedan pensar estrategias de acción para la superación del mismo y para recuperar su lugar como sujetos políticos que tienen el poder de actuar y protestar, de incidir, movilizarse y transformar.

Estos esfuerzos explicativos e históricos se vienen desarrollando en Colombia con el fin de buscar salidas a un conflicto que parece no tener salidas, puesto que se ha oscilado periódicamente entre opciones de negociación de paz y propuestas militares (García Durán, 2001), tal como se plantea nuevamente en la coyuntura del actual proceso electoral en el país. “Podría decirse que la tendencia al olvido hace que este sea un país con amnistías permanentes y guerras sin concluir. La falta de memoria histórica, parecería ser uno de nuestros males crónicos, al lado de la pobreza y la desigualdad social”. Por lo demás no deja de ser si-

milar a los ciclos de otros países de América Latina, tal como lo refiere Lira (1998, 2009) para el caso de Chile.

Por lo tanto, la aparición a lo largo y ancho del país de organizaciones de víctimas se ha constituido en un símbolo de la esperanza, de la lucha y de la resistencia de las personas y comunidades afectadas por el conflicto armado. A partir de la búsqueda de la reivindicación de sus derechos, de las posibilidades e imposibilidades para que les sean reconocidos y reparados, de empezar a ocupar lugares en el imaginario público, estas organizaciones se han movilizadas de múltiples maneras para hacer visible su realidad; y para generar una conciencia ética en el país, que permita superar la impunidad que retroalimenta los ciclos de violencia, la amnesia histórica que favorece a las élites en el poder y la reconstrucción de un Estado social de derecho legítimo y democrático.

Esto ha implicado, por tanto, la reconstrucción de su subjetividad política. Así pues, creo que si nos ponemos en ese escenario es probable que podamos tener comprensiones un poco más amplias que la de plantear a la víctima, simplemente como sujeto de dolor y sufrimiento, que son reales y que son legítimos; o como víctima de la violación a los derechos humanos, que también es una visión legítima y real.

La memoria histórica del conflicto armado colombiano:

En este sentido, cuando hablamos de sujetos políticos, inicialmente victimizados, tendríamos que distinguir tres grandes momentos del conflicto político, social y armado aquí en Colombia.

1. El primero puede identificarse como el período que va del año 46 al 64, ligado a la denominada época de la violencia;
2. El segundo del 64 al 90, donde se desarrolló una guerra contrainsurgente de baja intensidad en el marco de la guerra fría.
3. Un tercer momento va de los noventa hasta nuestros días. Donde pueden identificarse tres sub-momentos: el primero se desarrolla hasta el año 2002, el segundo se enmarca entre el año 2002 y el año 2011; el tercero comienza con el desarrollo del actual proceso de paz con la guerrilla de las FARC y lo que éste ha implicado en la coyuntura actual.

Es decir, han sido períodos que han marcado hitos en ese proceso de mutación que ha sufrido el conflicto armado en Colombia que, en mi concepto, creo que no ha perdido la línea de continuidad que se ha presentado desde el año 46,

cuando el gobierno conservador empieza sistemáticamente a exterminar la oposición política ligada al ala Gaitanista del partido liberal y luego el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán el 9 de Abril de 1948 (Molano, 2014).

Lo que dice el profesor Alfredo Molano (1985) es que en este primer período se produjeron, aproximadamente, 250.000 muertos y más de 2.000.000 de desplazados, que para un país que no tenía más de 14.000.000 de habitantes era una catástrofe humanitaria, que en términos de esa conceptualización parece inimaginable y muy difícil de asimilar. Por ejemplo, la ciudad de Medellín en ese tiempo tenía entre 250.000 y 350.000 habitantes y a principios o mediados de los sesenta es referenciada con cerca del millón de habitantes, lo que permite preguntarse: ¿De dónde llegó esa gente? ¿Cómo llegó esa gente aquí a la ciudad? ¿Cómo se pobló la ciudad? ¿Y qué hizo que la ciudad se poblara de la manera en que lo hizo? Y en eso uno puede mirar trayectorias y lógicas de lo que ha implicado la victimización o la acción violenta en contra de la población, que ha sido una política sistemática en este país en la lucha por el poder, el control territorial, político y económico.

Entre el 57 y el 64 se da una especie de calma chicha, donde no cesa de todas maneras esa

violencia, hay otras formas de manifestación y una persecución a los líderes de las guerrillas liberales que se habían desmovilizado en ese tiempo, en el armisticio firmado con el general Rojas Pinilla. Según Molano (1988, 2014) algunos de estos líderes fueron perseguidos y “ejecutados”, en el intento de desarticular el movimiento social que representaban; por esta misma razón, algunos no se desmovilizaron y siguieron activos. Así pues, se mantuvo durante este tiempo la persecución y la represión al movimiento campesino liberal, que seguía siendo liberal en ese momento. Un texto bellísimo de esta época, “La elegía a Desquite” de Gonzalo Arango da cuenta, desde la literatura, de ese momento histórico.

Después del bombardeo a Marquetalia y a partir del año 1964 se puede hablar de un segundo gran período del conflicto armado colombiano, más cercano a una “guerra de baja intensidad” en la lógica de la guerra fría: conflictos entre una expresión de guerrillas de corte Marxista o Castrista o Maoísta, dependiendo del tipo y espectro político de izquierda; no voy a profundizar en este tema porque no es el objetivo de este texto. Pero sí cabe decir que en ese marco de guerra contra insurgente se repite un elemento que es muy claro y que vuelve a aparecer: en primer lugar, el tema de la

persecución política a esas expresiones de la izquierda, a las diferentes manifestaciones de la izquierda, puesto que como sujetos políticos eran o podían ser apoyo al “adversario”; y, en segundo lugar: el tema del control territorial en términos de lo político, lo económico, lo social que está ligado al control del territorio, no solamente de la tierra, porque no está solamente ligado a la posesión de la tierra sino al control de la vida de la gente, de la población, de la economía, del ejercicio político e incluso de las formas culturales y la moral cotidiana de la gente. En este período prima, entonces, la represión y la violencia contra un sujeto, al que podemos llamar: “víctima política”. Un período en el que, como se ha dicho, se desarrollan formas de represión hacia ciertas manifestaciones políticas, especialmente de izquierda.

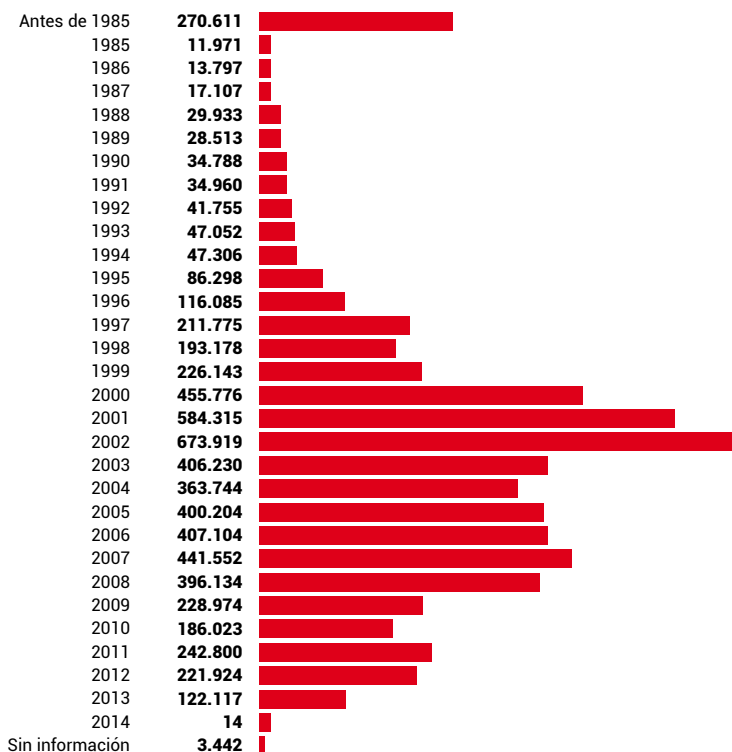
En el tercer período, después de los noventa, el conflicto armado toma magnitudes mayores y se presenta una desproporción de la acción violenta contra la población civil, que se manifiesta en un escalonamiento progresivo del conflicto, en el cual entran fenómenos un poco más complejos: como el tema del narcotráfico que permea las diferentes estructuras armadas, tanto las de derecha, como las de izquierda, diferenciando las del Estado, que muchas veces está ligado con

las de derecha. Con la complejidad que ha implicado el fenómeno paramilitar, ya que muchas de sus acciones militares y ciertas estructuras de su poder obedecían o bien, a intereses de élites regionales, en contra del mismo Estado, o bien, y en algunos casos incluso, a sus propias agendas e intereses que llevaron a que estas élites, en algunos casos perdieran el control sobre esas estructuras paramilitares que ayudaron a crear; y por lo tanto, a ser sometidas por el poder económico y militar que habían establecido, a sangre y fuego, en algunas regiones del país.

Por lo tanto, después de los 90 se vive un desbordamiento del conflicto armado, reflejado en las cifras, que evidencian un incremento significativo, a finales de la década de los noventa y al principio del 2000, mostrando la desproporción y la cantidad de manifestaciones de violencia y de victimización. Pero que además nos evidencia una de las grandes mentiras del anterior gobierno (2002 – 2010), donde no se produce ningún giro en la lógica del conflicto, puesto que no se dio ni una disminución de la intensidad del conflicto, ni de sus consecuencias en la vida de la población, puesto que el desplazamiento forzado alcanzó cifras record en este período. Lo que se dio, más bien, fue la negación y la ocultación a la sociedad de esta realidad, que desapareció de

VÍCTIMAS 1985-2013

Pese a que los estragos del conflicto han disminuido, desde 2011 ha habido más de 500.000 nuevas víctimas.



FUENTE: Revista Semana y UARIV, 14 de febrero de 2014.

unos medios de comunicación cómplices con ese régimen, de tal manera que no solamente no se logró bajar realmente el número de víctimas, como se lo han hecho creer al país durante estos años, sino que esas cifras se han mantuvieron en niveles superiores, incluso, a los de los años 97-99. Constituyéndose en una de las mayores mentiras construidas en este país, por lo demás creída por grandes capas de la población.

Ahora bien, esta experiencia colectiva puede tener explicación en el análisis que Martín-Baró (1989) realiza de un proceso desarrollado en el año 1984 en El Salvador, donde se dio un giro en la estrategia contrainsurgente, que el autor presentó en un texto llamado: “De la guerra sucia a la guerra psicológica”. Es decir, se pasó de una lógica del terror generalizado que implicó una avanzada cruenta y sangrienta por el territorio nacional, difundida todos los me-

dios de comunicación, tratando de generar controles en buena parte del territorio nacional, a una lógica que apunta a ganar la mente y el corazón de la población civil, tal como lo evidencia de manera clara y fehaciente el documental “Apuntando al corazón” de Claudia Gordillo y Bruno Federico⁴. Voy a profundizar en este tema.

De la guerra sucia a la guerra psicológica:

De acuerdo con Elizabeth Lira (1989) el miedo y el terror instalado en la vida de las personas y en las relaciones sociales es uno de los efectos más graves en la desestructuración del tejido social, lo cual genera desconfianzas, ruptura de las relaciones cotidianas, puesto que individualiza y recluye a los sujetos en su vida privada, llevándoles al retiro de lo público. Además de ello, se puede observar el aislamiento, la zozobra permanente y la imposibilidad de pensar y proyectar el futuro (Martín Beristain, 1997, 2007, 2008). Esto puede evidenciarse en la cotidianidad de la gente como esa zozobra permanente y un terror instalado en el imaginario personal y social. La cotidianidad se afecta, al punto que el comer, el dormir, el trabajar, el vivir, son atravesados por el miedo y el terror.

4. <http://www.youtube.com/watch?v=LbuXjhEDUY>

La presencia permanente de uno o varios actores armados en las regiones, ha sido y sigue siendo causa continua de zozobra, puesto que aparece como un manto que lo envuelve todo y pareciera que cerrara las puertas para ver algo diferente. Por esta razón, se suele agudizar la ruptura del tejido social; puesto que la gente no quiere salir, rompe sus relaciones, teme a sus vecinos, se instala en la desconfianza como comportamiento aprendido; las personas andan prevenidas y en una actitud de continua defensa. Se ha evidenciado en muchas regiones del país, la ruptura de las solidaridades comunitarias, y se ha instalado una individualización que rompió el sentido colectivo. Puesto que la amenaza se vive como algo cotidiano, permanente, real y continuo, se rompen los lazos de solidaridad, al punto que no se puede hablar, ni compartir con los demás. Se instaura el silencio y la privatización del dolor, de la experiencia, de la vida misma (Villa, 2012, 2013a, b).

El terror es utilizado por los grupos armados y por el Estado cuando quiere ejercer la represión. “Si esto le ha pasado a otros, me puede pasar a mí”, por lo tanto, “rompo los vínculos, me alejo, me aísla, no actúo, no hago nada”... Se instala la desconfianza en los otros (aún familiares y vecinos), en lo social, cada cual se

retira al mundo de lo privado y abandona lo público, con lo que se instaura la indiferencia por lo social y lo político (Lira, 1989, Lechner, 1997; Lechner y Güell, 2006); se genera un proceso de individuación donde cada quien busca salvarse a sí mismo, se aísla; pensando que con esta opción puede estar más seguro o segura.

Las personas empiezan a optar por el silencio, por no participar, por callarse, por no aportar a la construcción de soluciones a los problemas de su comunidad, porque se siente y se piensa que cualquiera puede ser el enemigo, cualquiera puede denunciar; la imagen del enemigo que hace daño se instala al interior de la comunidad, rompiendo el vínculo social e imposibilitando cualquier relación de confianza (Villa, 2012). Pero como afirma Elizabeth Lira (1989): esta opción hace a la persona más vulnerable, y por lo tanto, aumenta el miedo; con lo cual se profundiza el aislamiento, la soledad y la sensación de indefensión, generándose un estado psicosocial propicio para “acatar el mensaje” que la represión y la violencia envían.

De esta manera parece que quien realiza la represión logra el objetivo. Por eso acude al terror como una forma, totalmente racional y calculada. Por eso lo ritualiza, lo exhibe, para que tenga un efecto ejemplarizante. La Escuela de las Américas, co-

mo implementadora de la doctrina de seguridad nacional y libros como “Guerra, persona y destrucción” de Watson (1982) son ejemplos de la manera como el terror es utilizado para controlar personas, colectivos y sociedades enteras. Lo claro es que realmente funciona, la gente se recluye, intenta protegerse y sobrevivir; y los actores de poder, a través de la fuerza y la coerción, del miedo y el terror, alcanzan sus objetivos.

Pero, luego emerge, de forma paralela, una lógica de guerra psicológica, como en el período (2002 – 2010), en la cual aparentemente baja la presión, baja la intensidad del conflicto, se esconde las realidades bélicas a la sociedad, se encubren las acciones militares y no se documenta el número de víctimas. El cuadro de cifras referenciado anteriormente nos da cuenta de esta realidad. Por eso es claro que se mantienen estructuras armadas de manera subrepticia, para el control, que periódicamente le recuerdan a la población que es lo que puede pasar. Al parecer la “supuesta” desmovilización de los grupos paramilitares habría traído un clima emocional diferente a las regiones (Villa, 2012). Sin embargo, y recordando a Martín-Baró (1989), la estrategia de guerra psicológica, implica la aplicación de medidas dirigidas a mantener el control con otros medios: se baja la intensidad de la violencia directa, se crean mecanis-

mos para lograr la simpatía de la población civil, pero se mantienen formas de control para recordar quién manda y cómo puede procederse en caso de no acatar este orden.

La ruptura del sujeto político: Más allá de la violencia

Con esto llego a la hipótesis central de lo que quiero decir yo aquí y es que las manifestaciones de violencia política que son utilizadas en el conflicto armado, están dirigidas a romper la subjetividad tanto individual como colectiva; es decir, no es un daño colateral lo que le pasa a la gente, y no simplemente civiles que estaban a mitad del camino, “dizque” porque estaban en medio de uno y otro bando. ¡No! Hay intencionalidad política y social, que usa el medio militar, y eso se ha manifestado en unos actores como en otros, en un lado como en el otro, la intencionalidad es controlar población útil al proyecto político y militar que se está queriendo construir y en ese sentido el sujeto victimizado es una consecuencia que es intencional, que está direccionada y que busca una cosa fundamental: ¡romper! Romper al sujeto individual y romper al sujeto colectivo, romper al sujeto político, que es aquel que se preocupa por lo público y se ocupa de ello, una definición muy sencilla; entonces podría decirse que al romper ese sujeto, lo que se busca es romper la

intencionalidad de la gente de ocuparse de los asuntos públicos que le conciernen: la vida social, política y económica de su territorio.

Porque si la gente no se ocupa de eso “público” que les compete y concierne, quienes quieren implantar un poder, son los que se van a ocupar. Por lo tanto, y de acuerdo con la argumentación anterior, cuando hablamos muchas veces de la indiferencia política de la gente, cuando hablamos muchas veces de que la gente no participa, que la gente no se vincula, es porque ha habido una política del terror que se ha instaurado (Cfr. Lechner y Güell, 2005), que está datada en manuales, que está datada en estudios, en investigación, por psicólogos en diferentes partes del mundo, que muestran un proceso claro: realmente cuando al sujeto lo golpean, cuando le quitan la posibilidad de expresarse, de ser, de manifestarse, en realidad más que hacerlo víctima y romperlo como persona, a través del dolor y el sufrimiento infligido, lo que se rompe es el lazo social, el tejido social, puesto que con ello se realiza una acción macabramente ejemplarizante para el resto de la sociedad, que reza de la siguiente manera: “si usted se expresa, si usted se manifiesta mire lo que le puede pasar”.

Entonces es una acción, y perdón por la expresión, “peda-

gógica”: es una pedagogía del terror, a través de la cual se rompe a la comunidad, que luego se puede acompañar de un direccionamiento psicológico, en medio de la inermidad en que quedan los sujetos, hacia figuras fuertes y de poder que parecen tener el control, actuar como protectores y salvadores, con la dificultad de plantear un discurso crítico frente a ese estado de cosas.

Ahora miren, si vemos esa intencionalidad, uno podría preguntarse desde donde aborda, entonces, una intervención o un trabajo o un acompañamiento con esa población, algo de lo que me he ocupado por muchos años en mi trabajo como psicólogo que acompaña a las víctimas del conflicto armado colombiano. Y uno empieza a ver cómo, y quiero aquí seguir a dos autores, Veena Das (1997, 2008) una antropóloga india y Boaventura de Sousa Santos (2003), en términos de cómo los dispositivos del Estado y de la ciencia colonizan la experiencia de sufrimiento de estos sujetos, despolitizándolos, negándoles su capacidad de agencia social y política, para terminar reforzando la intencionalidad del victimario (Cfr. Lykes, 2001; Summerfield, 1996, 2001; Martin Beristain, 2005; Villa 2012, 2013b).

Porque no lo vamos a negar, la experiencia de victimización es una experiencia de sufrimiento

individual y colectivo, eso es claro: pero entonces, llega la disciplina psicológica, en mi caso, la disciplina del derecho o la medicina y describen el fenómeno y entonces ¿qué pasa? Ese sujeto que está sufriendo, vamos a llamarlo así, tiene un sufrimiento explícito, un dolor manifiesto, ha padecido una ruptura en su proyecto de vida, en sus opciones, ha perdido la tierra, se le ha imposibilitado su ejercicio de manifestación y acción en lo público, pero todo esto que le sucede termina siendo conceptualizado, desde la psicología, como estrés post-traumático, como depresión, como trastorno de ansiedad. O desde el derecho: como violación a los Derechos Humanos, como un caso que tiene que documentarse con pruebas. O se puede decir, si hay un daño físico, desde la medicina, que hay unas afecciones determinadas.

No estoy diciendo que esto sea falso ni estoy diciendo que eso no sea necesario la acción y actuación de estas disciplinas y muchos menos que el Estado no tenga el deber de actuar, de proteger y de reparar; es evidente que esas cosas se deben y se tienen que hacer. La cuestión es que cuando esos discursos se convierten en un discurso monolítico, un discurso que se fundamenta en el saber/poder, definiendo esta interpretación de la realidad como única versión, como la verdad de lo sucedido,

y desde allí dirigen la acción, realizando intervenciones con esta población, pareciera que, desde esta óptica, desde este marco de comprensión, el problema y el daño son atribuidos a la persona individual, a la víctima, que queda “reificada” como abstracción y como categoría que no posibilita la contextualización y despolitiza al sujeto.

Es evidente que a esta persona le violaron un derecho, por lo tanto tiene derecho a que hagan justicia o le hagan reparación, tiene derecho a que lo atiendan psicológicamente, si está padeciendo un sufrimiento psicológico pues sí, tiene derecho. Es evidente, y reitero, tiene derecho a que lo atiendan, entonces lo atienden, le prestan esa atención, y tiene derecho a que le restituyan esas cosas que perdió, y hasta ahí todo está bien. También tiene derecho a que le den una indemnización, si no le restituyen lo perdido, porque si le quitaron algo o si perdió algo, pues tiene derecho a eso, pero yo no sé si el lector se esté dando cuenta de la lógica, la lógica ahí es que se ha reforzado la individualización del daño, la psicologización del problema y, finalmente, se ha reforzado la intencionalidad del victimario. El victimario quería individualizar, privatizar el daño, dividir, separar, que cada uno se quedara con su dolor, romper al sujeto individual y romper

per al sujeto político, al sujeto social, y al sujeto colectivo, y cuando viene esa estructura que nosotros tenemos, desde la racionalidad occidental y las disciplinas científicas a ocuparse de eso; desde el Estado que actúa desde esta razón instrumental, se coge, se atrapa a la persona en este sistema epistémico, político y tecnocrático de poder y se le refuerza ese lugar de no-poder, de ruptura, de separación y de no acción.

Porque la estructura de la ciencia occidental es individualista, las ciencias sociales, incluyendo la sociología, son individualistas; porque cuando dividen individuo y sociedad ya están siendo individualistas, porque están diciendo individuo es una cosa y la sociedad otra. Y no logran romper esta dicotomía para poder comprender que el sujeto no puede entenderse a sí mismo si no hay un referente colectivo, un referente social, político e histórico (Mead, 1929; Martín-Baró, 1983; Gergen, 1971 / 1994). Y fue este referente “público” de la construcción de subjetividad, lo que precisamente se intencionó romper, se buscaba que ese sujeto no se preocupara ni se ocupara de lo público, si no que se recluyera en su casa, alejado de los procesos que constituyen lo público, para ocuparse ahora de llorar y afrontar su sufrimiento.

Lo estoy planteando así porque ese es el objetivo, que la gente se aísle, y al romperse la soli-



daridad y el encuentro, “cada quien por su lado”, es mucho más fácil la aplicación de un poder de dominación, la aplicación de un proyecto social, político, económico y cultural. Y entonces, parece que eso es lo que se logra. Cuando un profesional va a la casa de ese sujeto o de esa persona y le dice: “venga yo lo atiendo”, y lo atiende, puede que la intención sea buena, ni siquiera me estoy metiendo en el problema

de si la atención es de buena calidad o no, si la dan o no la dan, si lo atienden bien o no, si realmente las instituciones se ocupan de eso, porque ese sería otro problema, y hasta un problema de investigación.

Mi análisis es anterior a ese proceso de atención, está ubicado en el marco conceptual, en el marco epistémico y ontológico, en la posición ético-política y paradigmática si se quiere,

previo a la acción y a cualquier intervención. Es sobre el marco de comprensión en el que nos movemos y de la forma en cómo hemos construido eso que llamamos subjetividad y eso que llamamos la ciencia y eso que llamamos el Estado: escindimos, compartimentalizamos y separamos. Y resulta que eso, esa forma, es utilísima a la lógica de poder que aplicó esa pedagogía de terror, esa pedagogía de la violencia, tal como documenta Boaventura de Souza Santos (2003) además del homicidio, del “genocidio” se produce un epistemicidio, se borran formas de ser y de conocer, vidas, culturas y epistemes, a nombre del desarrollo, del progreso y otras banderas que al final terminan por ocultar el sufrimiento y la profundidad de las rupturas que se establecen, que esta autor considera de carácter abismal.

Entonces ¿Cuál es el sujeto político que construye la violencia política y que ha construido el conflicto armado en Colombia? Es un sujeto político que no es un actor social, es un sujeto político, pero es un sujeto político aislado, separado, roto, que no participa, que tiene miedo de participar, porque sabe que eso es peligroso, todos sabemos que es peligroso. Lo primero que le dice a uno la familia cuando está en estas cosas es: “Mijito cuídese” ¿No? Lo tenemos muy claro en este país, pues uno no puede

decir qué es lo que pasa. Por lo tanto, si miramos, en complejidad, la persona no tiene depresión, porque cuando uno le hace un análisis crítico a esa depresión, resulta que tal vez lo que pasa es que esa persona tiene “postración”, y aquí se entra a un terreno de complejidad, a través de un nuevo significante que puede portar más sentidos, además del individual; porque la postración tiene dos significados: postración es cuando uno está por el suelo, anímicamente por el suelo, no provoca vivir, no provoca levantarse, una tristeza y dolor profundos que anulan, la gente dice con frecuencia: “estoy postrado, estoy llevado del verraco”. Pero postración tiene otro significado: “arrodillado”, es decir, nos han arrodillado; esa postración es otra cosa, significa que le han doblado, le han golpeado, le han dejado por el suelo, le han humillado, no le han permitido actuar. Por lo tanto, es un significante que abarca en mayor complejidad al sujeto político, al sujeto sociopolítico que hay ahí.

En este ejemplo, por tanto, no estoy separando a ese individuo como un individuo que está en otro espacio, sino que es un sujeto que se mueve en un territorio de lo público, en el territorio de lo social, en el territorio de lo comunitario sin lo cual no lo puedo comprender, de allí que si yo quisiera hacer un trabajo o un acom-

pañamiento para restituir esa subjetividad política, puesto que intentar hacerlo como se viene haciendo desde la psicología, el derecho o las ciencias sociales tradicionales, o desde la lógica tecnocrática y burocrática del Estado, o como muchas instituciones de buena voluntad lo están haciendo, desde el compadecimiento de la víctima, que es legítimo y necesario, pero insuficiente, si se hace desde este lugar, se está corriendo seriamente el riesgo de seguir reforzando la intencionalidad del victimario y mantener a este sujeto “despolitizado”, sin hacerse cargo de lo público y ocupado en la solución de sus necesidades individuales.

La memoria como proceso de construcción de la conciencia y la reconstrucción del sujeto político:

Habría que dar un paso más, y es comprender: primero, la intencionalidad del ejercicio de violencia política; y segundo, comprender que esa postración no pasa por una patología simplemente ni por una violación de Derechos, simplemente, sino que tiene una contextualización política mucho más amplia y desde allí mirar como lo decía el maestro Paulo Freire o Martin Baro (1986): lograr una conciencia, y ahí hablo desde una perspectiva psico-social crítica y emancipadora,

una conciencia que permita evidenciar la construcción del propio psiquismo en ese contexto, que a su vez posibilite la reconstrucción de su ser. Esto permite por lo tanto, recuperar el sentido de su identidad. Y es allí donde la memoria juega un papel fundamental.

La acción de memoria, el ejercicio de memoria tiene sentido en la medida en que posibilita la reconexión del sujeto como sujeto político, como el que actúa en lo público, como actor social, parte de, perteneciente a, sujeto de su propia historia y de la historia colectiva. El homenaje, el testimonio, el símbolo y el performance y todas esas cosas bonitas que se hacen para reconstruir la memoria histórica no tendrían sentido si no es para tomar conciencia de lo que nos ha pasado; digo nos, porque me incluyo, porque se trata de la sociedad, del tejido social que se ha roto y es allí donde toma sentido el sujeto, que es, además, un sujeto político colectivo que ha sido golpeado sistemáticamente para lograr precisamente ese efecto, el efecto indiferencia, el efecto postración.

Así pues, esas acciones que llamamos psicosociales, por un lado tendrían que dirigirse a la dignificación, al restablecimiento de la confianza, del encuentro con el otro y con la otra, al dialogo, a afrontar el miedo, a generar cohesión colectiva, a poder juntos y juntas leer lo

que nos ha pasado, y cómo entonces generar transformación. Y por otro lado, una acción más de tipo jurídico-político, socio-política tendría que estar ligada a fortalecer organización, movimiento social, la participación. De tal manera que la acción de memoria permita el entrelazamiento, o la recuperación del vínculo inextricable entre estas dos dimensiones de lo humano, para convertirse en una acción que permita tener una conciencia de la historia, y recuperar ese sentido de ser sujetos históricos que afortunadamente nunca dejamos de ser.

¿Cómo recuperar, entonces, la acción sobre lo público, la acción sobre el sentido colectivo de la vida, la acción sobre los procesos económicos, la acción sobre los procesos políticos, la acción sobre los procesos sociales? Puesto que es allí donde se ha dado esa parálisis, es donde se ha gestado esa población. Lo que estoy diciendo es que se hace fundamental en los procesos de acompañamiento a sujetos victimizados generar, lo que se podría llamar, la construcción de la soberanía del sujeto, entendiendo soberanía, no como un autismo individualista como muchas veces se entiende, sino como una codependencia y una interdependencia en la construcción de redes y relaciones que precisamente permitan la reconstrucción de eso que llamamos el tejido social para que

podamos ser actores sociales y políticos en nuestra polis, es decir en nuestra ciudad, en nuestro estado.

De esta forma poder ser determinantes en las decisiones políticas, económicas y sociales que se toman en este país, lo que se constituye en una forma de resiliencia y resistencia; porque precisamente la violencia ha sido un medio a través del cual muchos de los actores sociales y políticos han sido excluidos, para que esas decisiones se tomen solamente en ciertos lugares de élite. Por lo tanto, y para finalizar, si trabajamos desde abajo, en la lógica de escuchar a la gente, caminar con la gente en estos procesos, haciendo y construyendo la memoria con la gente, desde sus propios relatos, experiencias, vivencias y sentidos, uno se da cuenta, y yo he sido testigo, cómo mucha gente que estaba en ese estado de postración, aislada, separada, muerta de miedo, ha recuperado su lugar como actores políticos y sociales, y lo he visto en varias regiones del país, como el Oriente Antioqueño, el sur de Córdoba, en el Chocó, en la ciudad de Medellín, en el Magdalena Medio, entre otras.

Creo que las acciones, expresiones y experiencias de construir la memoria desde este lugar, desde abajo, como proceso que no se queda solamente en la victimización y en el dolor,

que trascienden la narrativa de los hechos violentos, que dan cuenta de las resistencias, de las luchas, de los sentidos contruidos, de los procesos tejidos, antes y después de los hechos victimizantes, son experiencias muy válidas, y muy significativas. Ahora bien, la mayoría de estas experiencias se han realizado por instituciones no gubernamentales, organizaciones de base de la sociedad civil, colectivos, movimientos campesinos, que nos siguen diciendo que es posible tener esperanza, y es posible resistir a esta lógica, para que como sujetos sociales y políticos nos podamos manifestar como actores que somos protagonistas en la construcción de un país mejor.

Referencias Bibliográficas.

- Bar-Tal, D., Rosen, Y., Nets-Zehngut, R. (2010) *Educación para la Paz en Sociedades Implicadas en Conflictos prolongados y resistentes a su resolución: Objetivos, Condiciones y Direcciones*. En: Páez, D. Et. Al, Superando la violencia y construyendo cultura de paz. Editorial Fundamentos, Madrid.
- Das, V. (1997) *Sufrimientos, teodiceas, prácticas disciplinarias y apropiaciones*. En: www.unesco.org/issj/iricsi54/dasspa.html
- Das, V. (2008) *La Antropología del Dolor*. En: Ortega, F. (Ed.) *Veena Das: Sujetos del dolor, agentes de dignidad*. PP. 409 – 436. Pontificia Universidad Javeriana y Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- De Sousa Santos, B. (2003) *La caída del Angelus Novus: Ensayos para una nueva teoría social y una nueva*

- práctica política*. ILSA y Universidad Nacional de Colombia, Bogotá.
- García Durán, M. (2001) *Veinte años buscando una salida negociada. Aproximación a la dinámica del conflicto armado y lo procesos de paz en Colombia (1980-2000)*. En: Controversia, No.179, diciembre. CINEP, Bogotá.
- Gergen (1971 / 1994) *La psicología social como historia*. En Revista Anthropos, No. 17: Huellas y conocimientos de la psicología social, Barcelona.
- Ignatieff, Michael (1999) *“El honor del guerrero: Guerra étnica y conciencia moderna”*. Taurus, Madrid.
- Lechner, N. (1997) *Los Patios Interiores de la Democracia*. Siglo XXI, Madrid.
- Lechner, N. & Güell, P. (2006) *Construcción social de las memoria en la transición chilena*. En: Jelin E. y Kaufman, S. (2006) *Subjetividad y Figuras de la memoria*. PP. 17 – 46. Siglo XXI Editores, Madrid.
- Lira, E. (1989) *Guerra psicológica: Intervención política de la subjetividad colectiva*. En: Martín Baró, I. (Dir.) *Psicología social de la guerra*. UCA editores. San Salvador.
- Lira, E. (1989) *Psicología del miedo y conducta colectiva en Chile*. En: Martín Baró, I. (Dir.) *Psicología social de la guerra*. UCA Editores. San Salvador.
- Lira, E. (1998) “Recordar es volver a pasar por el corazón”. En Páez, D.; Pennebaker, J.; Rimé B.; y Jodelet, D. (Eds.) *Memorias colectivas de procesos culturales y políticos*. Servicio Editorial de la Universidad del País Vasco, Bilbao.
- Lira, E. (2009) *La resistencia de la memoria: Olvidos jurídicos y memorias sociales*. En: Vinyes, R. (Ed.) *El Estado y la memoria: Gobiernos y ciudadanos frente a los traumas de la historia*. PP. 67 – 115. Memorial Democratic, RBA Libros, Barcelona.
- Lykes, M. B. (2001) *A critical re-reading of PTSD from a cross-cultural community perspective*. En: Hook, D. and Eagle, G. (Eds.) *Psychopathology and social prejudice*. PP. 92 – 108. UCT pres / JTA, Cape Town, South Africa,
- Malouf, A. (2001) *Identidades Asesinas*. Alianza Editorial, Madrid.
- Martín-Baró, I. (1983) *Acción e Ideología: Psicología social desde Centroamérica I*. UCA Editores, San Salvador.
- Martín-Baró, I. (1986) *Hacia una psicología de la liberación*. En Blanco, A. (1991) *Psicología de la Liberación*. Ed. Trotta, Madrid.
- Martín-Baró, I. (1989). *Guerra y Salud Mental*. En *Psicología Social de la Guerra*. San Salvador:UCAeditores.
- Martín Beristain, C & Riera, F (1994). *“Afirmación y Resistencia. La comunidad como apoyo”*. Virus editorial. Barcelona.
- Martín Beristain, C. & Doná, G (1997) *“Enfoque Psicosocial de la ayuda humanitaria”*. Universidad de Deusto, Instituto de Derechos Humanos. Bilbao.
- Martin Beristain, C. (2005) *Procesos de duelo en las comunidades mayas afectadas por violencia política*. Tesis en psicología social. Universidad del País Vasco.
- Martín Beristain, C. (2007) *Reconstrucción del tejido social. Aprendizajes y desafíos desde la experiencia guatemalteca*. En: El legado de la Verdad: Impacto de la justicia transicional en la construcción de la democracia en América Latina. ICTJ, Bogotá.
- Martin Beristain, C (2008) *“Memoria colectiva y reconstrucción de sociedades fracturadas por la violencia”*. En Romero, M. (Ed.) “Verdad, memoria y reconstrucción: Estudios de caso y análisis comparado”. Centro Internacional de Justicia Transicional (ICTJ). Bogotá.
- Mead, G.H. (1929) *La naturaleza del pasado*. En: Revista de Occidente No. 100, PP. 51 – 62.
- Molano, A (1985) *“Los años del tropel”*. Fondo Editorial CEREC – CINEP y Estudios Rurales Latinoamericanos. Bogotá.
- Molano, A (1988) *Violencia y Colonización*. En Revista Foro No. 6. Junio de 1988. Bogotá.
- Molano, A. (2014) *Pasos de animal grande*. En: El Espectador, domingo 8 de junio de 2014.
- Orozco Abad, Ivan (2005) *Sobre los Límites de la Conciencia Humanitaria. Dilemas entre la Paz y la Justicia en América Latina*. Temis, Bogotá.
- Pécaut, D. (2003) *Violencia y política en Colombia*. Elementos de reflexión. Hombre Nuevo Editores. Medellín, Colombia.
- Summerfield, D. (1996). *The impact of war and atrocity on civilian populations: an overview of major themes*. En: Black D, Harris, Nendricks G, Mezey G. & Newman M. (Eds) *Psychological trauma: a developmental approach*. Royal College of Psychiatry, Gaskell, London.
- Summerfield, D. (2001) *The invention of post-traumatic stress disorder and the social usefulness of a psychiatric category*. En: British Medical Journal, No. 322, PP. 95 – 98.
- Watson, P. (1982) *Guerra, persona y destrucción*. Ed. Nueva Imagen. México.
- Villa, J.D. (2012) *El papel de la memoria colectiva en el empoderamiento colectivo de las víctimas*. Tesis Doctoral, Instituto de Estudios sobre Migraciones, Universidad Pontificia de Comillas, Madrid.
- Villa, J.D. (2013a) *El Rol de la memoria en la recuperación emocional de las víctimas de violencia política en Colombia*. En: International Journal of Psychological Research, Vol. 6, No. 2, Pp.37 – 49, USB, Medellín.
- Villa, J.D. (2013b) *Horizontalidad, expresión y saberes compartidos: enfoque psicosocial en procesos de acompañamiento a víctimas de violencia política en Colombia*. En: Revista El Ágora USB, Vol. 13 – II, pp. 289 – 327, USB, Medellín.